

Monseñor Rivera en 1994: con dios y con los pobres

En un reciente número del semanario *Orientación*, el arzobispo Arturo Rivera y Damas recordaba que hace 34 años su consagración como obispo quedó marcada “en la perspectiva de Dios y de los pobres”. Otro obispo, Monseñor Valladares, le presentó la figura de san Nicolás como obispo de los pobres. Este san Nicolás, luego el legendario *Santa Klaus* cada vez más apropiado por la sociedad de consumo, había dedicado su vida a los que Valladares llamó los preferidos de Dios. Recordó Rivera que Valladares le evocó también la figura de Von Galen, obispo de Münster durante el nazismo, a quien la gente llamó “el león de Münster” por su coraje al negarle a Hitler repetidamente el carácter de ídolo mesiánico y al nazismo el de justificación seudoreligiosa de las pesadillas racistas de dominio del Estado hitleriano. Von Galen se había convertido así en el modelo de obispo profético para Rivera.

Durante casi dos décadas, Rivera ayudó al arzobispo Chávez a asimilar el Concilio Vaticano II y su creativa historización en América Latina, la conferencia de Medellín. Rivera se ganó el aprecio de los católicos que vibraron con la justicia social como Guillermo Ungo y se volvió una amenaza para la minoría de salvadoreños atrincherada tras la riqueza, el poder y la confusión de éstos con la amistad de Dios. Cuando Monseñor Chávez renunció, Rivera dio miedo a la conferencia episcopal y a la nunciatura y fue pasado por alto para la sucesión en el arzobispado.

“Con Monseñor Romero” se vio entonces “pasar a Dios por El Salvador”, como dijo Ellacuría. Recibido como conservador, amigo de los ricos piadosos, se transformó, por el contacto con las comunidades del pueblo y por los asesinatos martiriales de sus sacerdotes, en profeta, pastor y teólogo, a la manera de los antiguos obispos de los primeros siglos, padres de la Iglesia. Lo asesinaron. De nuevo llegó la hora de Monseñor Rivera para San Salvador. No le tenían confianza, sin embargo, y lo mantuvieron varios años administrando la arquidiócesis sin nombrarlo arzobispo, para así poder quitarlo si parecía demasiado comprometido.

A Rivera le tocó vivir el despertar de los pobres en este país. Como obispo, los vio adquirir dignidad, asumir responsabilidad en la historia y construir organizaciones populares. Los vio también ser las víctimas principales de una terrible represión para quitar apoyo a esa decisión de última instancia que fue la guerra, combatida ciertamente por los pobres de El Salvador en su gran mayoría. Rivera fue testigo de las grandes migraciones de salvadoreños a Estados Unidos y de los enormes desplazamientos internos. Rivera vivió como árbitro el comienzo del diálogo para resolver el conflicto. En todas estas peripecias, en este duro peregrinar del pueblo, que muchas veces fue “guinda”, extenuante descolgarse por pendientes y barrancos para guardar la última esperanza de la vida, Rivera ha tenido palabras pastorales comprometidas des-

de "la perspectiva de Dios y de los hombres".

Este año de 1994 parece ser, sin embargo, una especie de cumbre pastoral. El comienzo del proceso diocesano para la beatificación de Monseñor Romero parece haber dado al arzobispo Rivera una nueva fuerza espiritual. En los primeros años de su servicio episcopal, la inspiración pudieron venirle de san Nicolás y de Von Galen; pero ahora nos dice que, a mitad de su camino, es al arzobispo mártir de San Salvador a quien ve como "inspiración y luz que ilumina los caminos de la patria" (homilía del 6 de marzo).

Para Monseñor Rivera, los diversos informes que han dejado en claro tanto el asesinato de Romero como el de los jesuitas de la UCA han supuesto un renovado compromiso con la verdad. Rivera ha sido siempre un obispo interesado por la política. Le importó el compromiso de la fe en el terreno político. Animó a jóvenes universitarios en sus opciones demócrata cristianas o social demócratas, y le pareció que la Iglesia, a través de los laicos, debía influir cristianamente en la historia.

Cuando en marzo de este año se encontró frente a las primeras elecciones en tiempos de paz, Rivera mostró totalmente sus opciones cristianas. Se fundamentó en el mensaje de la conferencia episcopal al comenzar la campaña, "Votar pensando en el futuro". Y al final de ésta, dos semanas antes de la votación, Rivera lo concretó claramente. Un voto en conciencia, responsable, pensando en el futuro —dijo el 6 de marzo— no podía apoyar a ARENA. No mencionó a este partido directamente, pero en su homilía exclamó: "¿Cómo se puede votar pensando en el futuro si se apoya a quienes no toman en serio los acuerdos de paz..., si se pasa por alto quiénes son los asesinos de Monseñor Romero y quién organizó el complot contra su vida y dio la orden de matarlo?"

Rivera sabía muy bien que la intención de voto en las encuestas estaba favoreciendo a ARENA. No buscó caer bien ni seguir la corriente. En su homilía distinguió entre lo que las encuestas decían —"qué piensa la población... sin entrar en juicios de valor sobre opiniones"— y lo que la Iglesia debía hacer —"formar la opinión de las personas de acuerdo a los valores del evangelio"—.

Decir la verdad delante del pueblo, decirla sin cuidarse de quién va a estar en el poder, y a pesar de que las amenazas que ese probable poder haya dejado pendientes contra uno, eso es ejercer la profecía. Monseñor Rivera fue profeta antes de las elecciones de este año: "Lo quieran o no" —dijo—, "la sombra de este crimen [del asesinato de Monseñor Romero] persigue a quienes, aún después de catorce años, siguen impenitentes idolatrando al hombre que quiso resolver los problemas de El Salvador a sangre y fuego. Nosotros ya hemos perdonado. Pero no podemos callar lo que la Comisión de la Verdad comprobó y presentó ante los ojos del mundo: el futuro de El Salvador no se puede construir en la mentira, la prepotencia, la corrupción, el odio y la injusticia. El votante que tiene una conciencia rectamente formada sabe que es así".

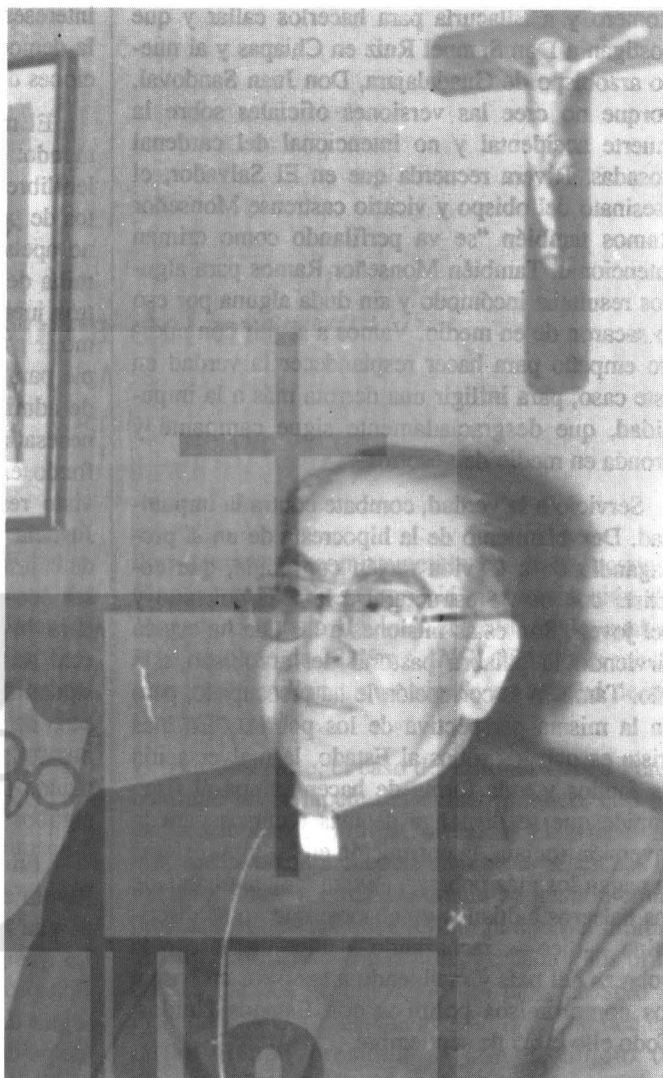
Este año, Rivera hizo un esfuerzo pastoral y profético notable para tratar de impedir que se olvidase a la Comisión de la verdad. Luchar por mantener viva la memoria histórica en este país es ir contra la corriente. Una mayoría quiere olvidar. Unos para asegurar la impunidad y el *status quo*, otros por cansancio. Y así no se puede hacer que el pasado histórico deje de posibilitar las injusticias y los crímenes del futuro. Rivera, sin embargo, comprendió el voto de muchos pobres, de quienes dijo que habían votado "con el estómago".

Dos meses después, el 10 de mayo, Rivera volvió a hablar de D'Aubuisson en su homilía dominical. Ya ARENA había obtenido una resonante victoria en las elecciones. Ya *El Diario de Hoy* estaba publicando artículos, enturbiando la figura de Monseñor Romero y sugiriendo al Vaticano la sustitución y el retiro del arzobispo Rivera. En este contexto, Rivera apeló al credo cristiano historizándolo. "No se puede hablar de Monseñor Romero y su trabajo pastoral" —dijo— "si no se menciona a D'Aubuisson, como no se puede hablar de la pasión de Cristo sin tropezar con Pilatos y Judas y con Anás y Caifás. La cosa es así porque su pontificado se vivió en medio de la persecución... Fue ante estos hechos [los asesinatos de los párrocos Rutilio Grande y Alfonso Navarro] como descubrió Monseñor Romero su misión de profeta y se convirtió en 'voz de los sin voz' hasta que esa voz fue silenciada. Fue D'Aubuisson el

que dio la orden de matarlo". Para Rivera, quienes quieren que deje de recordar a los gobernantes actuales su pasado de connivencia con crímenes, quieren también que en el país se siga sin investigar ni dismantelar a los escuadrones de la muerte, los cuales siguen representando una amenaza mortal sobre todos los que promueven la justicia. Puede que toleren que se hable de Romero en abstracto, incluso como santo, dentro de 50 años, cuando recordar su vida y quienes lo mataron no tenga ya incidencia histórica en El Salvador.

En el contexto de la difícil elección de la Corte Suprema de Justicia, el 3 de julio, Rivera, en su homilía, dijo que "sólo se logrará poner coto a la violencia si se aplica la ley con firmeza e imparcialidad". Para ello pide que en la presidencia de la Corte haya "una persona que además de no depender de las orientaciones del partido gobernante tenga la valentía... para combatir de frente la impunidad". Recoge los brutales asaltos y robos de bancos, en los cuales se muestra la misma despreocupación de matar que en los crímenes políticos y los pone en contexto el 10 de julio: "en el marco del mes del periodista me parece importante señalar uno de los problemas mayores de El Salvador: la falta de memoria con relación a tantos hechos graves ocurridos en el pasado". Y a propósito de esto, recuerda lo raro que es que en los medios se dé seguimiento a las noticias más trascendentales del país como, por ejemplo, el asalto a un camión blindado que transportaba dinero. "Nuevos acontecimientos lo van sepultando en el olvido". Por eso, Rivera alude al premio de periodismo creado por el arzobispado.

En el mismo mes de julio, el obispo auxiliar, Gregorio Rosa, afirma que hay que decir un sí a la vida frente a las propuestas de la conferencia de El Cairo. Pero, en coherencia con Monseñor Rivera, recuerda la hostilidad en que crecen la niñez y la juventud, reflejada en los trabajos de los periodis-



tas que optan al premio del arzobispado: "niños abandonados, maltratados, vendidos como mercancía u obligados a trabajar y vivir en la calle; niños y jóvenes que llevan en su alma las cicatrices de la guerra; jóvenes que buscan ser alguien integrándose a las maras, etc. Por todo eso" —afirma Rosa—, "no debemos contentarnos con decir no a las tesis de la reunión de El Cairo; hay que decir realmente sí a la vida".

En septiembre, Rivera reflexiona sobre el texto de la Sabiduría que habla de Dios, los justos y los malvados. Recuerda que estos últimos mataron a

Romero y a Ellacuría para hacerlos callar y que hostigan a Don Samuel Ruiz en Chiapas y al nuevo arzobispo de Guadalajara, Don Juan Sandoval, porque no cree las versiones oficiales sobre la muerte accidental y no intencional del cardenal Posadas. Rivera recuerda que en El Salvador, el asesinato del obispo y vicario castrense Monseñor Ramos también "se va perfilando como crimen intencional. También Monseñor Ramos para algunos resultaba incómodo y sin duda alguna por eso lo sacaron de en medio. Vamos a seguir con nuestro empeño para hacer resplandecer la verdad en este caso, para infligir una derrota más a la impunidad, que desgraciadamente sigue campante y oronda en medio de nosotros".

Servicio a la verdad, combate contra la impunidad. Desvelamiento de la hipocresía de un sí propagandístico a la vida recién concebida, que coexiste con un no estructural a la vida del niño y del joven. Son estas misiones a las que ha estado sirviendo la palabra pastoral del arzobispo este año. También la corrupción le ha preocupado, pero en la misma perspectiva de los pobres. "Lo más triste es que los robos al Estado, la malversación de fondos y toda forma de hacer trampa al fisco impide que se disponga de más recursos para la inversión social... la corrupción en las altas esferas la pagan los más pobres". Rivera también habla de los balseros haitianos y cubanos: que no se discrimine —dice—, rechazando a unos en base a la pobreza del país y recibiendo a los otros en base a los compromisos políticos con Estados Unidos. Todo ello el 25 de septiembre.

En octubre, a Rivera le preocupa "el 'terremoto político' que ha sacudido a los tres partidos más importantes del escenario nacional. A simple vista —dijo el arzobispo en su homilía del 9—, se podría pensar que se trata... de un 'reacomodo' a la nueva realidad... una mirada más atenta descubre un hecho preocupante: la crisis de credibilidad que padecen los institutos políticos precisamente ahora que su papel es tan importante... Si los dirigentes políticos no dan muestras inequívocas de que buscan todo el bien de la nación y no sus propios

intereses, el pueblo se sentirá tentado a pensar que la democracia es sólo aparente. De ahí a las soluciones de fuerza, no hay más que un paso".

El mes de octubre termina con un hecho tremendo: narcotraficantes agarrados *in fraganti* salen libres por decisión de un juez que alega defectos de procedimiento y la Fiscalía de la República no apela la sentencia. Rivera denuncia en su homilía del día 30: "No queremos que maten a nuestros jueces, pero ellos deberían estar dispuestos a morir por causa de la justicia...". Este hecho le da pie para entrar a fondo en la situación del sistema de administración de justicia. Reclama la rectitud necesaria para llevar los casos criminales hasta el fondo en los tribunales. Denuncia que no se han visto resultados de la nueva Corte Suprema de Justicia. Prevé que la magnitud de la frustración de la justicia en el caso de los narcotraficantes pueda ser ocasión para que se clausure toda posibilidad para investigar las denuncias de corrupción, lo cual sería nefasto. Y, además de señalar que "se siguen dando... en abierta oposición a nuestro proceso de paz... asesinatos al estilo de los escuadrones de la muerte y violaciones de los derechos humanos por parte de las autoridades", proporciona algunos ejemplos concretos.

En todas estas intervenciones de Monseñor Rivera este año hay un hilo conductor. El proceso de paz no puede quedarse en las formas externas. Lo que provocó la guerra, una insoportable represión de las aspiraciones de las mayorías, hay que seguir denunciándolo. No se puede, por ello, hacer ídolos de asesinos al servicio del capital y del individualismo insolidario. No se puede permitir que cambien las cosas en la superficie y nada cambie en el país profundo. Y para ello hay que mantener vivas "las memorias del fuego" y las conmemoraciones de los mártires, especialmente la de Monseñor Romero. Todo esto es lo que ha hecho de este año del magisterio episcopal de Monseñor Rivera un año de profecía "en la perspectiva de Dios y de los hombres".

J. H. P.